

“EL PESO DE LA NOCHE” DE JORGE EDWARDS, UNA NOVELA TIPO

por ENRIQUE BELLO

Cuando haya pasado algún tiempo, seguramente que “El peso de la noche”, de Jorge Edwards figurará, para el estudioso de nuestra literatura, entre aquellas obras que han dado carácter a la novela chilena de este siglo. En una *cavalcade* de nuestra novelística, contando desde el 900, yo colocaría, reduciendo mucho, once: “Casa Grande”, de Luis Orrego Luco; “El roto”, de Joaquín Edwards Bello; alguna de Mariano Latorre; alguna de Eduardo Barrios (se dan valores parejos en ambos); “La viuda del conventillo”, de Alberto Romero; “La amortajada”, de María Luisa Bombal; “Gente en la isla”, de Rubén Azócar; “La sangre y la esperanza”, de Nicomedes Guzmán; “Jemmy Button”, de Benjamín Subercaseaux; “Hijo de ladrón”, de Manuel Rojas, y “El peso de la noche”, de Jorge Edwards. Estricto orden cronológico. Reducción y no afán excluyente de varios otros novelistas generacionalmente paralelos a cada uno de los mencionados.

La entrada de “El peso de la noche” en este *ranking* obedece a motivos concretos: 1 Como la mayor parte de las novelas que se mencionan, la de Edwards resulta una obra diferenciada en el conjunto de la novelística nacional.

2 La caracterización que esta novela hace de los personajes de la así llamada clase alta chilena es de un realismo descarnado, que hasta ahora nadie logró ni osó tratar tan dramáticamente en el relato; en este sentido, el autor crea un verdadero documento humano, y sin pretenderlo deja también una impronta sociológica de valor con su novela.

3 Seguramente no se ha usado hasta ahora, de modo tan completo y natural, el lenguaje vulgar con que dialogan los chilenos.

Parece ser que todo lo que Jorge Edwards ha escrito hasta ahora es el resultado de una observación profunda de la realidad. De una capacidad, además, para ver recreada esa realidad, en personajes y situaciones de los que ningún lector podría *dudar*. De la sabiduría adolescente expuesta en “El patio” —su primer libro de brevísimos relatos—, a la penetración psicológica lograda en los cuentos de “Gente de la ciudad”, a esta verdad lanzada sin pedir permiso a nadie, que es “El peso de la noche”, el escritor pone de manifiesto una constante: fidelidad al mundo que su introspección viene creando, rechazo de toda componenda con los puros juegos de imaginación. Sobriedad no sólo formal: tratamiento irrenunciable en favor del cabal destino de cada personaje.

“El peso de la noche” es una novela de acción interior neta. No sé de otra novela

chilena psicológicamente tan rica como ésta. Hay acciones que parecen haber sido dibujadas como a través de una lupa implacable; es más, como filmadas. Con el diálogo está constantemente actuando el invisible e indirecto director de escena que es el autor identificado con sus creaturas: cada gesto, vacilación, pensamiento a medio camino, además, recuerdo tardío, asociación de ideas de los personajes es minuciosamente registrado, analizado, cuando no simplemente sugerido para que el otro personaje que es eso en que se ha transformado el lector, lo complete por su cuenta.

Uno no puede por menos que soltar la risa, de repente, en medio de una situación dramática: el humor con sordina es generalmente más eficaz que el descubierto, y de él usó siempre Edwards en sus relatos. Por ejemplo, los borrachos de su novela están tratados de modo tal, que el lector los sigue doblándose en ellos, metiéndose gustosamente en su pellejo.

Para quien conozca bien al autor existen, tanto en el tío Joaquín como en el joven Francisco, rasgos autobiográficos evidentes; pero nadie podría culpar a Jorge Edwards de ninguna burda transcripción de la realidad, en su novela. Pues lo autobiográfico está incorporado en el estilo de los personajes.

Contra lo que alguien ha afirmado, nos parece que la coexistencia de dos relatos en "El peso de la noche", correspondientes a las historias paralelas (que logran juntarse a veces para separarse luego) de Francisco y el tío Joaquín, enriquecen y no debilitan la novela. Encontrándonos en París a comienzos de este año, el autor nos contó, por los días en que el libro aparecía y se comentaba en España, que un crítico tomaba con tanta simpatía al personaje Joaquín, que estimaba que la otra línea del relato —la de Francisco— se desarrollaba en desmedro del primero. A la inversa, creemos que uno de los méritos mayores de "El peso de la noche" reside justamente en el bien trabado contrapunto que el autor consigue al montar las dos historias. Contrapunto que, por otra parte, va enriquecido por las demás inversiones contrapuntísticas que el novelista despliega estilísticamente en las acciones superpuestas —sobreimpresiones y esfumaturas— con que va estructurando la vía principal del relato. Quisiéramos insistir en esto para decir a Jorge Edwards, desde estas líneas, que quien pudiera aconsejarle el abandono de la forma ensayada tan eficazmente en "El peso de la noche", mal lo aconseja.

Jorge Edwards es un novelista, y en un momento como el presente, en que principalmente con Fernando Alegría y José Donoso la novela chilena vuelve a hacerse presente en las letras nacionales —después de un silencio que sólo "los viejos" quebraban de vez en cuando—, él debe integrarse, en definitiva, al género grande.

"El peso de la noche" está llamada a permanecer en la novelística chilena por la verdad que ella contiene, y por el arte con que ha sido trabajada.